

Sebastián García, pintor del campo

por Luis J. PEDREGAL

Esta mañana otoñal, mecida entre nieblas grises, visito la Exposición de García Vázquez, y, los cuadros que exhibe, constituyen un regalo para la vista y—lo que más vale—para el espíritu.

Su pintura constituye un fuerte contraste con la calle de donde vengo. La calle, esta calle agitada de la gran ciudad, es nervosismo, dinamismo, pasión. Se leen, se comentan las noticias terribles de la guerra. Una radio da el último parte, mensaje de muerte, de luto y de sangre.

Pero aquí, entre estos cuadros, uno se siente otro, el hombre que quisiera ser y la ciudad no le deja.

Alexis Carrel, en ese libro tremendamente sincero que es "La incognita del hombre", llega a una desconsoladora conclusión: el hombre no fué creado para este odio, para esta lucha, para este desasosiego, para este vivir sin vivir, que no es del místico famoso. Lo ha sido, por el contrario, para la paz, para el amor.

En este mundo, en este "otro" mundo de espíritu—el trasmundo que diría el poeta agudísimo que es Milla—estoy yo ahora, apartado del exterior por cortinas de nieblas.

García Vázquez pinta con unción, con religiosidad, con candor. ¿Pinta cuando reza? ¿O reza cuando pinta? Entre la espadaña de una ermita lejana y la esquila de esta oveja, próxima, casi al alcance de la mano, que pace entre pastores, Sebastián García, pinta.

Es decir, él concibe y traza sus lienzos en medio del campo, en el pañuelo—pañuelo de esperanzas—verde y blanco de la Naturaleza.

¿Cuál es su técnica? No sé. Pero él llena de emoción, de alegría virginal, de amanecer, el alma. Sus zagales, sus pastoras, sus segadores, sus corderos, se han entrado, como una lágrima virgiliana, ciudad adentro.

Son páginas de emoción del campo, blancas, puras, en la que la ciudad no se ha atrevido a escribir.